

UNAMUNO Y EL DEPORTE

(Un artículo olvidado)

Dentro de la copiosa producción de Miguel de Unamuno destacan unas breves páginas que, al pasar del tiempo, se mantienen como muestras de antología del gran escritor vasco. Son cuartillas redactadas por don Miguel con amor y delectación, constituyen una de sus prosas preferidas y no tienen otro alcance que el que motiva su redacción: hacer la crónica de un partido de pelota a ble. Crónica que su autor lee primero, entre grandes ovaciones, en la sociedad *El Sitio*, de Bilbao; reproduce, después, en la revista *Euskalerría*, de San Sebastián y, finalmente, recoge, en 1893, en su libro *El Nervión* bajo el título *Un partido de pelota*.

Unamuno detalla, entonces, como todavía no ha comenzado a hacerlo Azorín: partido a ble, fuera de abono, a celebrar en el frontón de Abando, a habilidad libre, a 50 tantos, jugado entre el chiquito de Eibar y Elicegui de Rentería contra Baltasar y Marduera, ambos de Azpeitia; se jugará con 12 pelotas finas, de 118 y 120 gramos elaboradas por don Modesto Sainz, de Pamplona; de 10 a 3 reales eran los precios de las localidades. Unamuno escribe ya los primores del 98 que culminan en Azorín. Pero más que el partido de pelota Unamuno acierta a captar el ambiente. Compara la corrida de toros y el partido de pelota. Y acierta con la expresión entusiasta: “¡Qué tanto aquel! ¡Valía seis Miuras!”.

Su breve narración está en línea con aquel otro partido de pelota que reseña Pío Baroja en *Zalacaín el Aventurero* cuando con aire épico anota: “la montaña iba a pelear contra la llanura” —y más adelante— “Casi todo el elemento popular y liberal estaba por Zalacaín y Urbide; los señoritos, el sacristán y la gente carlista de los caseríos por el “Cacho”. Baroja reseña un partido de pelota a cesta y a diez juegos, partido en el que desembocan todas las rivalidades juveniles que alientan en el Caserío de Urbia, patria de los Zalacaín y de los Ohando. Tras el triunfo de Zalacaín y de su zaguero Bautista Urbide los espectadores de la calle de Urbia gritan entusiasmados ¡viva gutarrac! (¡vivan los nuestros!). Todo escrito con una visión rápida, cinematográfica de un partido de pelota narrado, en Baroja, de pasada en una novela de ambiente muy siglo XIX.

Baroja y Unamuno nos dan la versión del juego de pelota vasca, la pelota vasca del 98. Tras ellos se prodigarán los frontones como tras las crónicas montaÑeras del excursionismo noventayochista vendrá el auge del alpinismo deportivo y del esquí.

Y el Unamuno, autor de la espléndida narración *Un partido de pelota* escribe a lo largo de su fecunda vida literaria diversas otras páginas de tema deportivo.

En 1915, en la revista *Nuevo Mundo*, publica un artículo bajo el título *Deporte y Literatura*. Combate en él al deporte como exhibicionismo y escribe desde su práctica del alpinismo. También en *Nuevo Mundo*, en 1922, publica otro artículo, *Del deporte activo y del contemplativo*, en la misma línea de fustigar el hecho de que el deporte se convierta en espectáculo denunciando la "grotesca vanidad del profesional del deporte". En otro ensayo, publicado en la misma revista, *El deporte tauromáquico*, Unamuno se lamenta de que sus compatriotas no se entreguen al juego de las ideas y consumen los días discutiendo de toros o de fútbol. En 1908, en su ensayo *El "jin-jitsu" en Bilbao*, Unamuno trata de la lucha japonesa, tema que el escultor Eudaldo Serra ha plasmado en soberbio relieve.

En fin, en la revista barcelonesa *Sports*, en 1923, Unamuno publica un nuevo ensayo de tema deportivo no recogido posteriormente en libro ni en la edición de sus *Obras Completas*¹. Se titula *Boys-Scouts y foot-ballistas*. El tema, el título y las indumentarias son muy de época, de la época de la Dictadura del general Primo de Rivera que apenas ha cumplido tres meses cuando éste ve la luz en la revista barcelonesa. Hay algo de zumbona afirmación en la justificación del tema adelantada por Unamuno: salirse por la tangente del comentario a la candente actualidad política para disertar de pedagogía fundamental... a propósito de dos juegos de niños, ambos con nombre inglés, *boys-scouts* y *foot-ball*. En la pluma de Unamuno los *boys-scouts* han sido un simple pretexto para volver a hablar del patriotismo y de la bandera. Parece que escribe un Unamuno que burla la censura y cuela sus ideas y su malhumor en un artículo de título intrascendente.

Desde el punto de vista deportivo la página tiene un gran sabor de época: se habla de *una partida de foot-ball*, de *un juego sin protección de Real Orden*, sin pedagogos profesionales. "El que esto escribe no está ya en edad de andar a puntapiés con balones —o con otros chirimbolos cualesquiera—; pero antes lo haría que ponerse un uniforme de *explorador* para no explorar nada, aprenderse cuatro hurras y siete saludos y plantarse en la solapa un "¡siempre adelante!...". Realmente no es de deporte de lo que escribe Unamuno a finales de 1923. Van a nacer en Europa unas nuevas maneras políticas que adelantan como fundamentales las formas del uniforme, de los saludos y de las consignas que llevarán a la Segunda Guerra Mundial. Y Unamuno adelanta el *foot-ball* como juego liberal: espontáneo, "libre, menos intervenido y más divertido". Es el

¹ *Boys-scouts y foot-ballistas*, "Sports", Barcelona, 1923. T. I, n.º 12, correspondiente al 25 de diciembre de dicho año.

fútbol amateur de 1923, casi los jugadores con bigotes y "bermudas" que lleva al lienzo en Francia Rousseau el Aduanero. Un fútbol que se presenta a los ojos de Unamuno como juego de la juventud, como juego nuevo y divertido muy distinto de la pelota de frontón a la que sus ojos de buen vasco estaban habituados.

El artículo que ahora se exhuma es una página más de un Unamuno ocasional, que escribe con la realidad política nacional entre sus manos y sus preocupaciones. Es un ensayo intrascendente pero en él vuelve a estar el más tópico Unamuno: como lo está en toda su literatura. El artículo se publica ¡en una revista deportiva! bajo la firma del Rector de Salamanca. Pero si se hubiese publicado en forma anónima, sin el nombre de Miguel de Unamuno, existen elementos estilísticos e ideológicos suficientes en el mismo para justificar su atribución al autor de *Paz en la guerra*. Miguel de Unamuno es un caso extremo de escritor personal, crea en sus obras su propia tradicionalidad y es fiel a ella incluso cuando se contradice. Por eso asoma el indiscutible sello de su estilo y talante también cuando brinda un breve artículo intrascendente para una revista deportiva que se publica en la Barcelona de donde vino el Dictador. Y con el Dictador vestido de *explorador* paseando por las líneas del articulillo. Y con el autor alternando iracundia y humor. Estamos ante otro artículo de Unamuno. Saldrán más: solo falta hojear la realidad periodística de su época.

ANTONIO GALLEGO MORELL

BOYS-SCOUTS Y FOOT-BALLISTAS

¿No os parece bien, lectores liberales, que, dejando por una vez de comentar la candente actualidad política, nos entretengamos en pedagogía? Que es actualidad, perpetua y hasta eterna actualidad, y es política —¡y tanto!— y es también candente. De pedagogía fundamental, de fondo, no formal, no de forma.

Porque eso que de ordinario se llama pedagogía es algo meramente formal, de encasillado, de categorías jerárquicas, de... ¡liturgia! Suele ser —hemos de repetirlo— como una colección de moldes de quesos, de todos tamaños y formas, y bien clasificados, pero en no habiendo leche, ni cuajo, no se hace quesos con ellos, mientras que habiendo leche y cuajo puede dársele forma al queso en un pañuelo o hasta con la mano desnuda. Y así es la pedagogía.

La fundamental, la de fondo, se propone la educación del hombre, del ciudadano, y la otra, la formal, lo que llaman, mal llamado, disciplina. Porque disciplina —"disciplinina"— dice relación a discípulo y éste a

"discere", aprender y con eso que llaman disciplina misma, pura forma, inanidad, vacío o liturgia. Si alguna vez se informan nunca ahondan.

Y vamos a verlo en un caso, caso de juego. (No, por supuesto, de ese que está prohibido por la Ley y protegido por las autoridades y por ciertas clases del Estado, señor fiscal). El juego es lo más educador, y por eso los pedagogos se preocupan de él y estudian el modo de introducir entre los niños juegos... educativos. Sin pensar que lo son todos y tanto más cuanto más espontáneos y menos intervenidos por los mayores. Pues cuando el mayor, cuando el pedagogo, piensa enseñar jugando suele jugar a la enseñanza y no enseña nada que lo valga.

Aquí tenemos dos juegos de niños, el de boys-scouts y el foot-ball, ambos con nombre inglés ¿y con qué esencia?

Eso de los boys-scouts "escultismo" (!!!) hemos leído fue una introducción de mayores, pedantesca y tendenciosa, de pedagogía puramente formal, de disciplina vacía y de... liturgia. No podía prosperar y no ha prosperado. Se tradujo lo de boys-scouts por exploradores, pero estos exploradores no exploraban nada. El nervio de ello se reducía a uniforme más o menos pintoresco, a hurras, a saludos, a divisa —"¡siempre adelante!"—, a jerarquía, a... liturgia. Y los chicos, ¡claro!, se aburrían. Se aburrían y no aprendían nada, no se educaban. Porque después de cargarles con una mochila llena de moldes de quesos, de todos los tamaños y formas, como no les daban —ni les podían dar— ni leche ni cuajo, no hacían quesos. Era como en aquella escena de "Fausto" —¡Oh la erudición!— en que Mefistófeles le explica al estudiante como le enseñaron a tejer.

Los pedagogos de los boys-scouts eran, con toda su buena intención y excelente ánimo —que no podemos poner en duda— los menos calificados para educar fundamentalmente a niños y en una disciplina que lo sea y no mera liturgia. Su absurdo sentimiento de la jerarquía no natural les estorbaba para ello. No eran pedagogos realistas, de realidades, de "res", esto es: de cosas, sino pedagogos formalistas, de formalidades, de formas, esto es: de sombras de cosas. Y sombras sin cosa. Habría que haberlos educado antes a ellos, deseducándolos previamente. Uno de esos pedagogos escultistas, excelente sujeto, de óptimo corazón, generoso, amante de la juventud, liberal de verdad y no escaso de inteligencia —aunque deformada esta profesionalmente— nos decía, para convertirnos, que la institución de ese juego era escuela de patriotismo. Y tocamos hablando con él serenamente, eso del patriotismo, del real y del formal, del patriotismo de flor —y de raíz y de fruto— y del de trapo, de flor de trapo o de trapo en flor. Y le decíamos: "patriotismo, sí pero fundamental y no formal. La patria no es un fin, es un medio y hay que saber a qué fin de justicia sirve la patria. Porque un padre no tiene siempre, por serlo, razón. Y en cuanto a educación patriótica ¿cree usted —le decíamos— que vamos a educar en ella a nuestros hijos poniéndoles de sobrecama, mientras duermen una bandera española y ejercitando a la

vez, y a su vista, la más inexorable injusticia? Eso sería peor que idiotizar a nuestros hijos. Porque la bandera no se ha hecho para dormir bajo ella y es cosa terrible que la convirtamos en un símbolo del sueño. No, amigo mío, no, eso no sería educar. Mejor enseñarles a criar espárragos o a freirlos”...

Nuestro excelente amigo, en quien la profesión no había matado la hombría y la humanidad —¡cosa terrible para todo hombre su profesión técnica!— comprendía nuestra razón, pero... Estaba lleno de no sabemos qué temores a lo desconocido, al salto en las tinieblas, a la anarquía, al caos. Hombres de poca fe, en fin. Y de poco valor... civil. Porque del otro no le falta. Afrontaría impávido a cuarenta enemigos pero tiembla ante la mirada de la Esfinge. Con toda su inteligencia —que no es poca— le falta valor intelectual.

Y nos fuimos a ver una partida de foot-ball, un juego sin protección de R. O., sin pedagogos profesionales, sin tendenciosidad de patriotismo de trapo y no de fibra viva, sin otra disciplina que la que surge del juego mismo. Y como más espontáneo y más libre y menos intervenido, más educador y más... divertido.

¿No os parece, lectores liberales y civiles, esto de candente actualidad política? el que esto escribe no está ya en edad de andar a puntapiés con balones —o con otros chirimbolos cualesquiera—; pero antes lo haría que ponerse un uniforme de “explorador” para no explorar nada, aprenderse cuatro hurras y siete saludos, y plantarse en la solapa un “¡siempre adelante!” para estarse quieto como aquellos coros de zarzuela que cantan “¡marchemos! ¡marchemos!” marcando el paso delante de las candilejas, pero sin avanzar ni uno.

MIGUEL DE UNAMUNO